

A COLOMBIA

¡Salve tierra de heroísmo,
de los siglos heredera,
a quien ninguna supera
en hidalguía y civismo!

¡Oh tierra de patriotismo
donde no se pone el sol
sin trazar nuevo arbol
de porvenir soberano,
quisiera ser colombiano
para ser más español!

FR. P. FABO

ACADEMIA MEXICANA
SESION SOLEMNE EN HONOR DE D. ANTONIO GOMEZ RESTREPO

INVITACION

La Academia Mexicana correspondiente de la Real Española tiene la honra de invitar a usted y a su apreciable familia a la sesión solemne que en honor del eminente hombre de letras colombiano, Excelentísimo señor doctor don Antonio Gómez Restrepo, embajador especial de Colombia, celebrará en el salón de actos del Museo Nacional de arqueología, historia y etnología (1.ª de la Moneda, 13), el día 4 del próximo octubre, a las ocho de la noche (h. o.), conforme al programa adjunto.

México, septiembre de 1921.

JOSE LOPEZ PORTILLO y ROJAS,
Director.

ENRIQUE M. SOBRAL,
Secretario Perpetuo.

PROGRAMA

- I. Lectura, por el señor Secretario perpetuo, del acta de la sesión en que se acordó rendir este homenaje al Excelentísimo señor doctor don Antonio Gómez Restrepo.
- II. *Andrea Chenier*.....Giordano.
- III. *Bienvenida*, por el señor director de la Academia.
- IV. *Cuentos de Hoffman*. Offembach.
- V. a). Lectura de prosas del señor doctor Gómez Restrepo, por el señor académico Lic. Genaro Fernández Mac-Gregor.
b). Lectura de versos del señor doctor Gómez Restrepo, por el señor académico Lic. Alejandro Quijano.
- VI. *Lettre de Manon*..... Gillet.
- VII. Algunas palabras por el señor académico don Alberto María Carreño.
- VIII. *Canción de Solvejff*..... Grieg.
- IX. Discurso por el señor académico don Federico Gamboa.
- X. *Serenata oriental*.....Grünfelde.
- XI. Discurso por el Excelentísimo señor doctor don Antonio Gómez Restrepo.
- XII. Himno nacional de Colombia.

NOTA.--Los números musicales serán desempeñados por el cuarteto *Nava*.

SESION CELEBRADA EL MIERCOLES 14 DE SEPTIEMBRE DE 1921, A LAS 7 P. M. EN LA RESIDENCIA DEL SEÑOR DIRECTOR, LICENCIADO D. JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS CALLE DE BRUSELAS, NUMERO 7.

Presidencia del señor director.

Asistieron los señores académicos de número:

Lic. don José López Portillo y Rojas.

Don Federico Gamboa.

Doctor don Francisco C. Canale.

Srio. Lic. don Enrique Martínez Sobral.

Los correspondientes:

Don Alberto Carreño.

Don Manuel Puga y Acal.

Don Darío Rubio.

Se hicieron representar debidamente en esta sesión:

Los académicos de número:

Don Francisco Sosa, por el señor Carreño.

Don Salvador Cordero, por el señor Sobral.

Lic. don Alejandro Quijano, por el señor Sobral.

Don Luis González Obregón, por el señor Sobral.

Los correspondientes:

Lic. don Genaro Fernández Mc. Gregor, por el señor Sobral.

Don Antonio de la Peña y Reyes, por el señor Sobral.

Se excusó de asistir el académico de número Lic. don Emilio Rabasa.

I

Leída el acta de la sesión anterior, sin discusión fue aprobada.

II

El señor director manifestó: que con ocasión y motivo de las fiestas del centenario de la consumación de la independencia nacional, se encuentra actualmente en México, un ilustre huésped: el señor doctor don Antonio Gómez Restrepo, representante de Colombia ante nuestro Gobierno para dichas fiestas del centenario,

insigne hombre de estado, eminente literato y miembro distinguidísimo de la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Academia Española, y hermana de nuestra Academia.

Que la República de Colombia es acreedora a la simpatía y cariño de todas sus hermanas del continente por su historia gloriosa y por los sentimientos altísimos de solidaridad hispano americana de que siempre ha dado muestras, sentimientos e historia que en la República Mexicana se conocen cumplidamente y se aprecian en su elevadísimo mérito, por lo cual, así la gran nación colombiana, como sus hijos disfrutaban en México de honda y sincera estimación y muy merecida simpatía.

Que la República de Colombia, es, de las que hablan la lengua de Cervantes, cuyo cultivo constituye el objeto de nuestra Academia, la que va a la cabeza de estas nacionalidades en punto de pureza en el habla, estudio de la filología y producción literaria de todo género. Colombia, ciertamente, ha producido pléyade insigne de literatos, honra de la nación que aprende a leer en las páginas inmortales del Quijote. Basta con recordar los nombres de Andrés Bello, príncipe de las letras americanas, e hijo de la antigua gran Colombia; de Rufino José Cuervo, el gramático más eminente y el filólogo más profundo que ha producido la literatura castellana; de Marco Fidel Suárez, de Emiliano Isaza, de Julio Arboleda, de los Restrepos, los Carrasquillas, los Mosqueras, los Caros, los Marroquines, los Caldas, los Caicedos y de mil otros, para comprender cuánta es la deuda que la cultura nacional tiene contraída para con esa nación ilustre. Y en la lista de las personalidades literarias con las cuales honra Colombia a la humanidad y muy especialmente a las naciones de lengua castellana, figura en prominentísimo

lugar el señor doctor don Antonio Gómez Restrepo, huésped actual de la nación mexicana, y, como lo lleva dicho, prosador eminente, poeta excelente, crítico distinguido y, en una palabra, escritor de mérito tal, que su personalidad ha traspuesto los límites de su patria y es ventajosísimamente conocida y universalmente respetada en todas las naciones de nuestra raza.

Sigue diciendo el señor director: que consideraba justo, y como justo debido, el que la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Academia Española no deje escapar esta ocasión singular para poner de manifiesto sus sentimientos de profunda admiración y simpatía por la patria colombiana, su solidaridad con todas aquellas academias, hermanas suyas, que en el continente trabajan por el fin común de fijar, limpiar y dar esplendor al idioma; su respeto y adhesión a la Academia Colombiana, ilustre entre todos los cuerpos ilustres; su cariño y admiración por el eminente individuo de esa Academia que ahora nos honra con su visita, y el cual ha sido alma y nervio de la propia Academia Colombiana, cuya sede se encuentra en Bogotá, no sin justicia apellidada «La Atenas de América.»

Y concluyó el señor director diciendo: que por todos estos motivos proponía que la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Academia Española, celebrase solemnísimas sesiones en honor del señor Gómez Restrepo, tan pronto como, pasadas las fiestas del centenario, tenga el ilustre visitante oportunidad de honrarnos con su presencia.

III

Las palabras del señor director fueron recibidas con perceptibles muestras de aprobación y aplauso por todos los académicos presentes y su proposición aprobada por unanimidad, sin más trámite.

El señor Carreño manifestó: que al dar su aprobación a la feliz idea del señor director, lo hacía, no sólo en su propio nombre, sino en el del señor académico Sosa, de quien recibió instrucciones para adherirse con entusiasmo a la idea de honrar al señor Gómez Restrepo, y, en su persona, a la Academia Colombiana y a su gloriosa patria.

IV

El secretario leyó la siguiente carta del señor académico Revilla: «Aunque recibí la cita del señor secretario de la Academia para concurrir a la junta de la misma, en el domicilio de usted, no me es posible estar presente en ella. Si bien, acaso, fuera de tiempo, expreso con todo mi parecer, sobre que apenas podría eximirse la Academia Mexicana de la lengua de significarle la grande estima a que es acreedor don Antonio Gómez Restrepo, como escritor de los más puros y elegantes de la lengua castellana. Y como tal, habría yo propuesto y suplicado a usted que escribiera con aquella galantería que le reconozco, un elogio de las hermosas producciones del señor Gómez Restrepo.»

V

Leyó la secretaria la siguiente carta del señor académico González Obregón.

«Luis González Obregón saluda a su fino amigo y colega, el señor don Enrique Martínez Sobral, y en contestación a su atenta fecha de ayer, tiene la pena de manifestarle que no podría concurrir a la junta extraordinaria que va a celebrarse mañana en la Academia Mexicana de la lengua, pero que, desde luego, aprueba la idea de agasajar al ilustre colombiano, don Antonio Gómez Restrepo, en una sesión solemne, a la que tampoco concurrirá; pues por prohibición médica, no puede asistir de noche ni de día a ningún sitio donde haya mucha luz artificial.»

VI

Leyó el secretario la siguiente carta del señor académico Quijano.

«No puedo, por mi desgracia, concurrir esta noche a la reunión que celebrará nuestra Academia, y para la cual, por acuerdo del señor director, se digna usted citarme. Deseo sin embargo, rogar a usted se sirva hacer presente a la junta, desde luego, mi voto de adhesión entusiasta para la idea de celebrar una sesión solemne en honor del distinguido huésped de Mexico, don Antonio Gómez Restrepo; conozco los altos dotes del señor Restrepo y lo conceptúo como uno de los hombres eminentes de nuestra América española. Político y diplomático distinguido, que ha sabido desempeñar con patriótico acierto, durante largos años, el muy alto puesto que tiene en el Gobierno de Colombia; abogado de altos prestigios dentro del mundo noble del foro de su patria; poeta clásico, exquisito y puro, y finalmente, ilustre filólogo, que sigue la tradición gloriosa que han formado en Colombia figuras de la prestancia de José Eusebio y Miguel Antonio Caro, de José Manuel Marroquín, de Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez, bien merece el doctor Gómez Restrepo el homenaje de cordial simpatía y de justiciera admiración que se ha pensado que nuestra Academia Mexicana de la lengua le rinda. Me adhiero, insisto, desde luego y con sincero calor, a la idea mencionada; y así suplico a usted se digne presentar en la junta de esta noche tal voto mío.»

VII

En nombre de los señores Cordero, Fernández Mc. Gregor y Peña Reyes, el secretario hizo presente a la junta su voto aprobatorio, en virtud de las instrucciones, al efecto recibidas de sus comitentes.

VIII

Se procedió en seguida a nombrar las comisiones del caso, para llevar a efecto el homenaje acordado.

IX

Se levantó la sesión.

ENRIQUE MARTINEZ SOBRAL.

Es copia fiel, de que certifico.

México, 12 de octubre de 1921.

ENRIQUE M. SOBRAL
Secretario perpetuo.

SESIÓN SOLEMNE CELEBRADA EL MARTES 4 DE OCTUBRE
DE 1921 EN EL SALÓN DE ACTOS DEL MUSEO NACIONAL

Presidencia del señor director.

Asistieron los Académicos de número:

Lic. don José López Portillo y Rojas.

Don Federico Gamboa.

Doctor don Francisco C. Canale.

Don Manuel R. de Terreros, marqués de San Francisco.

Lic. don Alejandro Quijano.

Lic. don Manuel G. Revilla.

Don Salvador Cordero.

Secretario Lic. don Enrique Martínez Sobral.

Y los correspondientes:

Don Manuel Puga y Acal.

Don Alberto María Carreño.

Don Darío Rubio.

Lic. don Jenaro Fernández Mc. Gregor.

Lic. don Erasmo Castellanos Quinto.

Lic. don Antonio de la Peña y Reyes.

Asistió también el Excmo. señor doctor don Antonio Gómez Restrepo, Embajador Extraordinario de Co-

lombia, e individuo de número de la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Academia Española.

Estaban en el salón, el Lic. don José Vasconcelos, rector de la Universidad de Méjico, el general Aarón Sáenz, subsecretario de Relaciones Exteriores; muchos individuos del Cuerpo Diplomático; la señora esposa del doctor don Antonio Gómez Restrepo y más de cuatrocientas personas de ambos sexos de lo más distinguido de la capital.

I

El secretario perpetuo dio lectura al acta de la sesión anterior, la cual, sin discusión fue aprobada.

II

El señor director, con frase galana y conmovido acento hizo presente el objeto de esta sesión solemne, destinada a honrar al insigne literato colombiano señor doctor don Antonio Gómez Restrepo, y en su persona a la docta Academia Colombiana y a la República de Colombia. El discurso del señor director fue calurosamente aplaudido por la concurrencia.

III

El señor académico Fernández Mc. Gregor leyó dos fragmentos de prosa del señor doctor Gómez Restrepo, tomados el uno de un discurso pronunciado en ocasión del centenario de la independencia colombiana, y el otro de la obra escrita por nuestro huésped sobre la ciudad de Bogotá. Fue escuchada esta lectura con religiosa atención y al concluir se escuchó un aplauso entusiasta.

IV

El señor académico Quijano leyó cuatro bellísimas composiciones poéticas debidas al estro inspirado del señor Gómez Restrepo. Al terminar la lectura de cada una de estas poesías la concurrencia prorrumpió en aplausos.

V

El señor académico Carreño leyó una sentida oración en homenaje al señor Gómez Restrepo, en la cual, además de hacer merecido elogio a nuestro visitante, dio vuelo a los sentimientos personales de simpatía, amistad y gratitud que le ligan con él; y sus palabras merecieron cordiales muestras de aprobación.

VI

El señor académico Gamboa, con palabra insinuante y levantada, dio lectura a un discurso elegante en su forma, profundo en sus tendencias y lleno de afecto para el señor Gómez Restrepo. Dijo los méritos de este eximio hombre de letras, considerándolo desde sus diversos puntos de vista: habló de las virtudes que le adornan en su vida privada; de su fe inquebrantable de caballero y cristiano; de su papel como vínculo entre pueblos de la misma raza y de la propia lengua. Tuvo frases de profundo saber sociológico acerca del singular estado de alma por el que ahora atraviesan los pueblos, y destellos proféticos en anuncio de mejores tiempos. Exaltó la fraternidad hispano americana y el papel que en ella corresponde a México desempeñar como solitario centinela de la raza. Elogió el estoicismo de nuestra gente, que sabe en ocasión tan grande como la del centenario, enjugar sus lágrimas y mostrar alegre rostro a sus egregios visitantes, y concluyó con un apóstrofe magistral dirigido al señor Gómez Restrepo, en medio de una salva de cordiales, prolongados y atronadores aplausos, confirmación de los muchos con que el público interrumpió su inspirada peroración.

VII

Tomó la palabra el señor Gómez Restrepo, quien fue cariñosamente ovacionado, antes de empezar a hablar. Su discurso fue hondamente sincero, profundamente afectuoso y lleno de elegancia y galanura. Dijo su afecto y admiración por México, nacidos en la época de su

primera juventud y cultivado siempre, con empeño cada vez mayor. Trajo a la memoria los nombres y los merecimientos de nuestros más eminentes académicos muertos, especialmente los del señor don Joaquín García Icabalceta; y los del Ilmo. señor Obispo Montes de Oca. Con profundo conocimiento, pasó revista a los nombres de los actuales académicos, honrándolos con su elogio y declarándolos dignos sucesores de aquéllos. Preconizó las virtudes del pueblo mejicano y dijo de su agradable sorpresa al encontrarnos tras largo período de intestinas luchas, fuertes, alegres, llenos de fe en el porvenir, unidos en el culto de los héroes gloriosos de nuestra emancipación política y en la veneración de viejas y sagradas tradiciones. Expuso los méritos de nuestra lengua y la necesidad de conservarla pura como vínculo imperecedero entre estas naciones, salidas del fecundante esfuerzo de la madre España. Concluyó declarando que la fiesta dada en honor suyo por la Academia constituirá inolvidable recuerdo, y que llevará de ella noticia a su patria y a la Academia Colombiana, las cuales sabrán apreciar este homenaje en todo su valor. Varias veces fue interrumpido el discurso del doctor Gómez Restrepo con palmas, las cuales, a su terminación se hicieron oír durante largo tiempo.

VIII

El secretario dijo: que esta sesión sin precedente, debía tener su coronación lógica; que nuestros estatutos nos facultan para nombrar académicos honorarios, sin establecer trámites especiales, seguramente porque previeron que estos nombramientos surgirían por aclamación en el seno de la Academia y que, en nombre de todos y cada uno de los académicos proponía se aclamase al señor Gómez Restrepo, como académico honorario de la Academia Mexicana. Todos los académicos así de número como correspondientes, se pusieron de pie en señal de aprobación, y el señor director declaró que el doctor Gómez Restrepo es académico

honorario de esta docta corporación, nombramiento que aceptó el electo en medio de universales muestras de aprobación.

IX

Durante la sesión, y en los intermedios de la misma el *Cuarteto Nava* tocó selectas piezas de música.

X

Al final, la concurrencia, de pie, escuchó respetuosamente las notas del himno nacional de Colombia.

XI

Se levantó la sesión.

Es copia fiel, de que certifico.

México, 12 de octubre de 1921.

ENRIQUE M. SOBRAL
Secretario perpetuo.

DISCURSO DE DON FEDERICO GAMBOA

Excelentísimo señor Embajador Extraordinario de Colombia. Señores:

La Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, no obstante que aún se halla embargada de pesar por la muerte reciente en tierra extraña de uno de sus miembros más sabios y distinguidos, el Ilmo. y Revmo. señor doctor y maestro don Ignacio Montes de Oca y Obregón, digno Obispo de San Luis Potosí, ha prescindido momentáneamente de su pena, ha salido, además, del apartamiento y la reserva que le son habituales, y ha organizado esta velada solemne para honrar hasta donde más le es dable, al ilustre colombiano Antonio Gómez Restrepo, escritor prócer y varón sin reproche que no titubeó en interrumpir el libro en preparación, ni en quitar por algún tiempo las dulzuras hogareñas, ni en echarse a andar

por esos mundos de Dios, con tal de ser el portador del cálido saludo fraternal que, con motivo del centenario trascendente que acaba de conmemorar la República, enviaron a nuestro México y a su actual Gobierno, el pueblo y el Gobierno de Colombia. ¡Una grata embajada, sin duda, pero un embajador más grato todavía, supuesto que lo abonan e identifican las protocolares credenciales de su Cancillería, y las más preciadas de su obra literaria, ya consagrada, y de su vida tersa y diáfana de caballero a la antigua!

Por las palabras expresivas con que nuestro elocuente director acaba de darle la bienvenida; por las no menos expresivas que le ha consagrado nuestro muy distinguido colega don Alberto María Carreño, se advierte sin esfuerzo que la personalidad que esta noche nos favorece con su visita, es de las que, sin riesgo de rectificaciones ni enmendaturas, por representativa de la cultura intelectual de nuestra América ha de tenerse. Lo poco que de sus prosas y de sus versos lleváis oído, y lo que oiréis en seguida, de sus propios labios, ya permite formar juicio aproximado y propicio de lo aquilatado de sus talentos y de la maestría poco común de su factura. La vastedad de su obra, y la poquedad de mi competencia y del tiempo de que aquí dispongo, védanme intentar un análisis siquiera de lo que lleva producido. Bástenos saber, que ha cultivado con lucimiento y especial acierto lo mismo la historia que la crítica, la poesía que la oratoria, el periodismo que la cátedra; conjunto que revela amplia preparación e inteligencia privilegiada. Por su oratoria, ocupa lugar en la antología de don Roberto Ramírez, que se llama *Elocuencia Colombiana*; por sus versos en el tomo intitulado *Las Cien Mejores Poesías Líricas Colombianas*, que el erudito jesuíta don José Vargas Tamayo seleccionó y dio a la estampa en 1919; por su ciencia como

crítico, el Gobierno de su país le encomendó en 1916 la dirección de la edición oficial de las *Poesías* del eximio Rafael Pombo, y en 1918, la de las obras completas de Miguel Antonio Caro. Con la una y con la otra, no se limitó al ya de suyo difícil ministerio de director, sino que, en las *Poesías* de Pombo, principalmente, llevó sus esmeros hasta el punto de encabezar el libro con un *Estudio Preliminar* tan minucioso y acabado del poeta y de su obra, que de la jugosa lectura sale uno admirando más al gran bardo pasaderamente sensual y casi octogenario, que murió célibe, sin embargo, y cuyos últimos años—nos dice Restrepo—«los pasó voluntariamente recluido en cama, en el pleno uso de sus facultades . . .» De sus talentos en historia, sólo conozco dos muestras, a cual más concienzuda y bella, que él modestamente tiene bautizadas de *Reseñas*; aludo a la *Reseña histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá*, y a la *Reseña histórica de la literatura colombiana*, con que engalanó sus serias páginas la autorizada *Revue Hispanique* de París y Nueva York. Cualquiera de las dos a pesar de su título, bastaría a darle reputación y fama de historiador, de erudito y de artista; tales son la solidez de sus cimientos, el acopio de su doctrina, la elegancia y belleza de su forma. Adrede no reproduzco al azar fragmentos de ellas, porque siempre repugné el mutilar obras ajenas. Para completar este bosquejo de la personalidad del hombre de letras y del servidor de Colombia, consignaré que Antonio Gómez Restrepo es patriota y literato por abo-lengo, descende de caudillos de la Independencia de su país, y de príncipes de la pluma; que ha sido diplomático en Madrid; Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Senador; que es doctor en Derecho, catedrático de literatura castellana e hispanoamericana en el Colegio del Rosario, y miembro de número de

las Academias colombianas de la Lengua y de la Historia.

En cambio, quiero, aun a trueque de ofender la modestia que lo caracteriza como a hombre superior de veras, detenerme breves instantes frente a su fisonomía moral, en las salientes que a mí más me interesan cuando por acaso las averiguo o las descubro en este ingrato e incesante trato humano, a cuya práctica todos estamos condenados. Devoto de la línea recta, rectilíneo ha sido Restrepo en política; lo que ya es «rarísima avis» en nuestros días y en nuestras latitudes, enfermos por igual de claudicaciones de todas las especies, de excesos de todos los tamaños y de vergüenzas de todos los colores. Rectilíneo ha sido en el sagrario de su vida íntima, para la que supo edificar la arquitectura de su propia ventura! un hogar risueño, apacible y puro, en el que perpetuamente se miran encendidas las lámparas benditas de una honradez sin orillas y de un amor correspondido y casto, que le ha dado resistencias y fuerzas para vivir y vencer, para estudiar y producir; que como recompensa máxima, le ha acarreado el respeto y el aplauso dentro y fuera de su país. Mas con ser tantos sus merecimientos y virtudes, aún atesora una principalísima que a mí me lo transmuta en un valeroso afirmativo: la solidez roqueña de su credo religioso!

Para los tiempos que corren—¡ay, no con la priesa que fuera de apetecer!—tiempos rojos de acomodación y desquiciamiento, en los que el mismo globo, como atacado de todos los delirios, parece que vacilara en sus fundamentos; en los que nos avergüenza doblar la rodilla ante Dios, porque nos envanece doblar la espina ante los poderosos y los déspotas; en los que so pretexto de acabar con todas las tiranías, después de empozoñarles el alma con prédicas demoledoras y di-

solventes, se empuja a los desheredados y a los humildes hasta los abismos sin fondo de la violencia y del delito, para que arrasen lo existente y vayan luego a descansar de la jornada sanguinolenta y suicida en paraísos mentidos e inasequibles, es un espectáculo prometedor y reconfortante tropezar con hombres como Antonio Gómez Restrepo, de pensamiento alto y virtud acrisolada, de creencias religiosas ahincadas e inmovibles, que por méritos propios pertenecen a la clase directora de estos nuestros pueblos jóvenes, en marchas forzadas por su juventud y su riqueza, a un porvenir radiante de arco iris y de auroras. Mientras alienten hombres de tamaños quilates, que así piensan, así escriben, así educan y así gobiernan, puede afirmarse que no todo está perdido, ni todo gangrenado, ni todo maldito; puede esperarse en un próximo amanecer que barra con las negruras de esta noche de Walpurgis que venimos atravesando, temblorosos y pávidos; noche tan espantable y tétrica, que el Alighieri no osó incluirla en su *Infierno*, ni las Sagradas Escrituras la mencionaron en el divino y formidable libro del Apocalipsis. Con hombres de su temple, sembradores de verdad, de bondad y de belleza, no haya miedo de que los rosales se agosten para siempre ¡oh, no! El líquido humano, que espumajeante y ciego va desbocado estos momentos amenazándolo todo, recobrará su nivel, reintegrará sus cauces: Dios volverá a ser adorado y reverenciado por todas sus criaturas; el *Angelus*, que nos habla de que hay «algo» más allá de esta vida perecedera, volverá a desplegar sus místicas alas por encima de los seres y de las cosas, a la hora meditativa y melancólica de los crepúsculos; el honor y la honradez de los hombres, la fidelidad, la pureza y el pudor femeninos, ahora en el exilio o en la infamia, reflorcerán, y quién sabe sino más hermosos y lozanos de

como nosotros los conocimos; de las cunas de hoy, sobre las que las madres se inclinan temerosas, se alzarán los hombres nuevos que mañana han de roturar los caminos de la paz y de la dicha; el amor vencerá al odio; la mujer, que lleva en sus entrañas sagradas a las posteridades inacabables, operará el milagro...! A pesar de todo, yo tengo una fe inmensa en los futuros destinos de esta humanidad, fabricada de barro pecador y deleznable, a que pertenezco.

Por lo pronto, y de tejas abajo, felicitémonos de que los Restrepos nos visiten, pues sólo así la fraternidad de esta legión de hermanos esparcidos en todo un continente, saldrá del terreno retórico en que ahora se agita, espasmódicamente, para adentrarse en el terreno de una realidad que puede y debe rendirnos grandes frutos. Cuesta confesarlo, pero es la verdad que no nos conocemos; hay vibración de anhelos, sí, hay ansia de estrecharnos las manos; algún verso errabundo nos habla de los que nos quedan lejos; algún peregrino nos cuenta, no siempre con exactitud, lo que de nosotros se piensa y dice en esas tierras; solemos recibir un periódico, una revista, la carta de un amigo a quien no hemos de ver nunca... Pero la distancia misma, las dificultades de acortarla, nuestros sendos menesteres y actividades, aquietan el anhelo, ahogan el ansia, y cada cual en su casa, continuamos ignorándonos, sin que el acercamiento, el espiritual sobre todo, llegue jamás a consumarse. Con semejante ignorancia mutua, México muy especialmente resulta perjudicado, pues lo fuerza a vivir en un mayor aislamiento. Centinela de la raza, como todos los centinelas se encuentra abandonado y solitario, a causa de su situación geográfica fatal e ineluctable: por eso ha resistido solo las embestidas extrañas y las bárbaras mutilaciones de los fuertes. Y como no es posible desenraizarlo, llevárselo

más cerca de sus hermanos, que al menos de vez en cuando vengan éstos a nuestra casa, de par en par abierta preferentemente para ellos. No importa su modestia, ni que el pan que ofrezcamos sea humilde; lo esencial es que se sientan sus dueños, y que en las charlas cordiales de las veladas familiares, nos contemos nuestras intimidades, nuestros propósitos, nuestras esperanzas, que, en el fondo, son unos mismos.

Así esta noche, por ejemplo, le diríamos a Antonio Gómez Restrepo, lo que ya dije en otra ocasión, pero que no huelga repetirlo:

—«Sí, ya sabemos que tú eres hijo de Colombia, la nación que ha sido cuna de héroes y de vates, cultolatra de la libertad, y reina y señora del idioma, que a ustedes y a nosotros, nos ata por la eternidad con una urdimbre de oro; ya sabemos que es aquella una tierra a la que nadie acertará a despojar de esa su pléyade brillantísima de intelectuales, entre los que tú figuras ventajosamente; los Plaza y los Borda, en historia; los Ancizar, Roldanes y Pombos, en viajes; los Caro, Sanín, Cano y Rivas Groot, en crítica, y en bellas letras los Carrasquilla, los Marroquín y tantos otros que sólo por ser breve no menciono. ¿Quién regateará a Jorge Isaacs el mérito inmarcesible de haber hecho llorar con las dulces páginas de su *María*, a cuantas adolescencias entienden el español, ni quién habrá dejado de sentirse sacudido con la poesía honda y humana de José Asunción Silva, el Sin Ventura? ¿Quién no se quedará estupefacto frente al prodigio que se llamó Rufino J. Cuervo, autor sin segundo hasta hoy, de ese monumento inmortal que no posee ningún otro idioma, el *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*?»

Luégo, agregaríamos:

—Y pues estáis de marcha, señor, y como embajador vinisteis a saludar a México de parte de Colombia, volved a Colombia como embajador de México, amparado con las credenciales que en este punto y hora os extiende, rubrica y firma nuestro aplauso para vos y nuestro cariño para ella. Habladle de lo que hayáis visto y de lo que tengáis adivinado; puntualizadle nuestros defectos y virtudes, que, como toda tierra mundanal, de ambos tenemos; decidle que a pesar de lo que de nosotros se cuenta por ahí, nuestra función esencial no es, cual lo parece, el aniquilarnos y trucidarnos eternamente, sino que queremos vivir, crecer y prosperar, ser felices y grandes, y que lo seremos.

Decidle, por último, algo que quizás haya escapado a vuestra penetración y perspicacia, pero que yo lo proclamo aquí, porque mucho nos honra y enaltece; decidle que el pueblo de México, en su clase alta, en su clase media y en su clase baja, es un estoico; que para que vosotros sus visitantes sólo conservéis de él una impresión amable, saliendo apenas de una contienda pavorosa y fratricida, vieja de más de diez años, arrumbó sus pavesas y sus ruinas, restañó la sangre de sus heridas materiales y morales, sofocó sus sollozos, enjugó sus lágrimas, sin estar seguro de no tener que seguir derramándolas mañana, cuando a cada guiñada de las naves que nos priven de vuestra compañía gratísima, nuestras playas se borren de vuestra vista en la doble inmensidad de los cielos y de los mares.

Decidle, señor, que enjugó sus lágrimas, al propósito de que vosotros lo contemplarais en la única actitud que cuadra a un pueblo viril y hospitalario: de pie y sonriente, con su corazón inflamado de gratitud y de amistad, y con sus brazos ampliamente abiertos, para que dentro de ellos cupiérais todos.

DISCURSO

DE DON ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Cuando en los primeros años de la adolescencia me insinuaba en los estudios de literatura castellana, cayó en mis manos el poema de la *Grandeza Mexicana*, del excelso Obispo Balbuena; y recorriendo la bizarra serie de sus tercetos, contemplaba con asombro el cuadro magnífico que él traza de la prosperidad, riqueza, elegancia y cultura que en menos de un siglo había adquirido la capital de la Nueva España, de la cual decía, después de describir sus edificios, sus paseos, sus cabalgatas, la pompa de sus fiestas, el esplendor de su cultura intelectual y artística, la hermosura de sus mujeres, en un raptó de entusiasmo, propio de su exuberante naturaleza:

Al fin, si es la beldad parte del cielo
México puede ser cielo del mundo.

Desde entonces soñé con esta ciudad que yo entreveía envuelta en una atmósfera luminosa, de tradiciones caballerescas, de arte y de poesía; y que me parecía tanto más seductora cuanto más lejana se hallaba la posibilidad de que pudiera visitarla nunca. Y hoy mismo, cuando me hallo en medio de vosotros, a ratos me parece que sigo soñando todavía.

También, desde mi niñez, me acostumbé a venerar a la Academia mexicana, oyendo los grandes elogios que de ella hacían ilustres varones de mi Patria, que yo miraba como mis mentores y maestros, Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Rafael Pombo. Esta corporación era para mí como un célebre senado de las letras, en donde tenían asiento preclaros cultivadores de todos los ramos de las letras humanas, oradores y políticos insignes, poetas inspirados, sabios historiadores y arqueólogos, filólogos sapientísimos, en cuyo centro se

destacaba la figura del gran varón que fue por largos años alma de esta Academia, y que es gloria purísima de todo el continente americano, pues en él se unieron la más grande integridad moral con la ciencia más vasta y segura; una envidiable firmeza de convicciones con un inquebrantable amor a la verdad; un estilo casto, limpio y elegante con una erudición inmensa, de esas que no retroceden ante la investigación del más menudo detalle. Fue un gran cristiano y un gran señor, tan enamorado de la perfección, que él mismo, con sus manos aristocráticas, ejecutó algunas de sus espléndidas ediciones para que fueran, como lo son en realidad, modelos de pulcritud, corrección y elegancia, y sus escasos ejemplares, objeto de la codicia de los bibliófilos. La historia ha escrito con letras de oro el nombre, que tan justamente veneráis, de don Joaquín García Icazbalceta.

Sería largo el elogio de los varones insignes que contaba en su seno la antigua Academia; los Arangos, los Orozcos, los Pagazas, los Sierras, los Peñas. Permittedme, sin embargo, que consagre un recuerdo al poeta y humanista preclaro que acaba de rendir su larguísima jornada, sin que la zampoña dejase de resonar dulcemente en sus labios. Grande era mi deseo de conocerle y de ofrecer mis respetos a su fresca ancianidad de pastor y de poeta. Dios lo llamó a su seno antes de pisar el suelo de la patria. Por obra de Ipanandro Acaico pudimos muchos, antes de estudiar humanidades, saborear la dulce miel de la poesía bucólica griega y seguir los varios y fáciles vuelos de la musa de Teócrito, que unas veces asciende a la grandeza épica, cuando canta las hazañas de Hércules, otras llega a la dulzura patética, cuando acompaña las quejas amorosas de la pobre Simeta. Por él pudimos penetrar en el bosque profundo y misterioso de la poesía de Píndaro. Y después de largos años, cuando hubiera podido creerse agotada la

vena poética, Ipanandro Acaico nos sorprende con varias series de sonetos elegantísimos, y con traducciones magistrales de Coluto y de Apolonio de Rodas, escritas ambas en octavas reales de firme y elegante estructura. Pocos casos tan admirables recuerdo de longevidad poética como el que presentó Ipanandro Acaico, que ocupa puesto de honor entre los grandes humanistas de nuestra raza.

Me faltan términos adecuados para expresar la complacencia, la íntima satisfacción que he experimentado al estrechar la mano de algunos de vosotros, que de tiempo atrás me habíais honrado con vuestra correspondencia y a quienes he considerado, desde el primer saludo, como a viejos y cariñosos amigos. En primer término debo nombrar al egregio director de la Academia, al escritor eximio, que con sus obras cumple el lema académico de dar limpieza y esplendor al idioma; al novelista que dejó en *La Parcela* una joya de la literatura americana, y cuyas narraciones cortas son un cintillo de piedras finas, en el cual campean desde el rubí sangriento de la historia trágica, hasta el zafiro de reflejos celestes de la leyenda religiosa y el diamante purísimo de la grandeza humana, encarnada en corazones humildes. Conozco regularmente la actual literatura americana; y no temo afirmar que el señor Portillo y Rojas es de los pocos que merecen el título de maestros de la prosa castellana.

Y qué decir de don Manuel G. Revilla, el digno discípulo del grande humanista don Manuel Peredo, cuyas sabias tradiciones mantiene y continúa; el filólogo eminente, que ha penetrado como pocos en el mecanismo de la lengua castellana; el expositor claro y convincente de los más sanos principios filológicos; el conocedor profundo de varias literaturas, cuyas obras maes-

tras analiza con la elevación de criterio que revela su reciente estudio sobre Dante?

Puesto prominente entre los historiadores de México, tierra fecunda en este noble género de estudios, ocupa don Luis González Obregón, quien consume dignamente sus días en el archivo nacional, que conoce como morada propia, y ha explorado con éxito admirable, sacando de sus vetustos códices el rico material que, beneficiado por su ingenio y adornado con sus prestigiosas galas literarias, campea en los preciosos libros en que ha resucitado el México viejo, con sus personajes heroicos y novelescos, sus conjuraciones en que él adivina lejanos antecedentes de la independencia, sus leyendas y tradiciones, su ambiente trágico y al propio tiempo lleno de poesía, flor que se complace en adornar los muros agrietados y vetustos y las venerables ruinas.

Explorador también de lo pasado, principalmente desde el punto de vista artístico, es el marqués de San Francisco, tipo del hidalgo aristócrata, formado en el seno de la más avanzada democracia; ferviente enamorado de las riquezas artísticas que ha atesorado México y que podrían enriquecer los museos de todo el mundo; arqueólogo dotado de esa doble vista que permite penetrar en el íntimo sentido de las cosas y leer lo que decían, en rotas letras o en borrosos y desteñidos colores. De su actividad y patriotismo espera México una historia metódica de sus bellas artes, que han florecido aquí, con brillo intenso, en todas las épocas de su civilización prodigiosa.

Maestro en varias disciplinas, corazón siempre dispuesto al aplauso es don Alberto María Carreño, que con igual competencia cultiva los estudios científicos y los literarios, y elogia dignamente, ya a Alejandro de Humboldt, ya a Ippandro Acaico y a Pagaza. Escribió

un libro, modelo de investigación erudita y de análisis delicado y penetrante, sobre un célebre soneto castellano; dando lugar a animadas polémicas en todo el mundo español, y manteniendo viva todavía la curiosidad de eminentes especialistas sobre las conclusiones que formula. Es para mí especialmente simpático este libro porque me dio ocasión de anudar con su erudito autor relaciones de amistad que tanto me honran.

Cierro esta enumeración de ilustres amigos con el nombre de un académico ausente, de quien fui compañero de representación diplomática en Lima, y que ahora enarbola en las repúblicas australes de América el pabellón de la elocuencia mexicana, el Lic. Antonio Casso, el pensador original y fecundo que, partiendo de las bajas regiones del positivismo experimental, que quiso cubrir el cielo con una bóveda de bronce, para que a la humanidad no le quedase requicio alguno por donde pudiera mirar al más allá, se ha ido elevando por la fuerza y lógica de su pensamiento a las alturas de una concepción espiritualista, en que armonizan la razón y el sentimiento, la metafísica y el arte, y vuela el hombre con las dos alas que le concedió la Providencia y que una ciencia incompleta quiso mutilar, para que el rey de la creación, en vez de remontarse, se arrastrase con los torpes movimientos del ave herida en uno de sus remos por el plomo del cazador.

Respecto de don Federico Gamboa, cuya hermosísima y benévola oración acabáis de oír aquí, qué os diré? Debo declarar que cuando le vi por primera vez, me pareció que le había conocido toda la vida. Y es que el señor Gamboa es de esos escritores que ponen toda su alma en sus obras; y en las del ilustre académico se manifiesta un grande ingenio, formado, en justas proporciones, de sal andaluza y de gracia criolla y enriquecido con el conocimiento profundo de las

literaturas modernas. Es el señor Gamboa uno de esos ejemplares propios de la cultura americana, eminentes en diversos campos de la actividad intelectual, y que llevan a extraños países, con igual dignidad y prestancia, la representación diplomática de su país y la más amplia de la república de las letras. Es el señor Gamboa novelista que debe contarse entre los mejores de la América española, y sus obras se distinguen, no solamente por el primor del estilo, sabrosamente castizo y lleno de donaires, sino por la profundidad, a veces cruel, del análisis social, por la pintura de los caracteres y del medio ambiente, por el arte consumado de la composición. Y el que ha manejado el escalpelo de la novela realista, es el mismo que sabe elevarse a las cimas de la contemplación y del ensueño; y en medio del tráfago ruidoso del mundo en que vive, pone atento oído al toque del ángelus, que, al dilatarse en ondas sonoras por el espacio, parece ensanchar los horizontes de la contemplación espiritual, permitiendo al alma que rebase los extremos límites de lo creado y se lance en busca de aquel bien libre de tasa que canta fray Luis en una de sus más etéreas inspiraciones.

Doy las gracias más expresivas al eminente secretario de la Academia, don Enrique Martínez Sobral, laborador incansable en todo género de disciplinas, y brazo derecho de este instituto, por el acta con que ha querido realzar este homenaje, que constituye para mí una de las más valiosas ejecutorias de mi vida literaria, así como también a los eximios académicos señores Lic. don Alejandro Quijano y don Genaro Fernández Mac-Gregor por el realce que se han dignado dar con su elegante lectura a mis desmedradas producciones literarias. Respecto de los demás socios presentes, debo manifestar que mi gratitud y mi aprecio son anteriores al conocimiento personal que de ellos hago en

esta noche, porque sus merecimientos son notorios, y porque la cooperación que ellos han prestado para que este acto se efectúe, me honra de manera singular. Permittedme también que exprese el sentimiento que me causa el no ver aquí al venerable decano de la Academia, al señor don Francisco Sosa, benemérito de las letras de México y merecedor de aplauso y de cariño en todos los países americanos, por el entusiasmo generoso con que ha propendido siempre a ensalzar los méritos ajenos y a hacer obra del más hospitalario hispanismo.

Estoy cierto, porque conozco vuestra modestia, que os estimáis inferiores a los preclaros varones que os precedieron en esta corporación; pero yo os digo, sin lisonja, que lejos de advertirse esa desproporción de merecimientos, sois a los ojos del observador imparcial, dignos de vuestros antecesores, cuya tradición conserváis con gloria en toda su pureza. Mantenéis en alto el prestigio de las letras mexicanas, y contribuís de manera eficaz, con la enseñanza y con el ejemplo, a que pueda seguirse diciendo del México de hoy lo que decía Balbuena de la capital de la nueva España, cuando afirmaba que era en ella

En donde se habla el español lenguaje,
más puro y con mayor cortesanía.

Demasiado sabéis la importancia que tiene el idioma para conservar la cohesión entre los diversos elementos de una nacionalidad, entre los varios pueblos salidos de una misma raza. No os conformaríais, en vuestra condición de buenos patriotas, con que esta gran nación tuviera que expresar ante los pueblos hermanos, sus altos pensamientos en una jerga confusa y abigarrada, mezcla de elementos incoherentes; y lamentaríais que México no tuviera a su disposición los rotundos y sonoros vocablos del castellano, lengua de

verdad y de franqueza, para cumplir con la noble misión de hacerlos oír, en toda su arrogancia y su pureza, en las fronteras de otro gran pueblo, de raza e idioma diferentes. Vosotros no queríais despojar a vuestra madre de uno de sus más preciados adornos de reina, para presentarla ante los extraños ataviada con unas pobres galas exóticas que podrían hacer dudar de la legitimidad de su prosapia. La lengua es la patria, fue el lema de la nación polaca; y la fidelidad a ese principio contribuyó poderosamente a mantenerla viva no obstante su secular naufragio. El alma de México es hispana, y español su lenguaje, aun cuando esmaltado, desde los tiempos de la Colonia, con piedras sacadas de las minas aztecas y mayas; asemejándose a esas grandes damas españolas que ostentan con orgullo títulos tomados de los antiguos príncipes de México.

En estos momentos en que celebra vuestra patria el glorioso centenario de la consumación de la independencia y las naciones americanas compiten en demostraciones de afecto hacia la república mexicana, cómo se manifiesta la urgente necesidad moral de formar una cadena de afectos e intereses que ciña de manera indisoluble a todas las repúblicas de origen latino, de manera que la ofensa que a cualquiera de ellas se haga, desarrolle una corriente eléctrica de indignación, que haga vibrar todos sus eslabones. Hemos vivido de vagos programas de acercamiento, mientras otros pueblos disciplinaban enormes masas humanas en un solo pensamiento y en una sola voluntad. Y ha llegado el instante en que es forzoso seguir ese ejemplo de previsora energía, si no queremos que la raza del Cid y de Bolívar quede expuesta a zozobrar en un choque con fuerzas monstruosas, como se hundió el *Titanic* al contacto imprevisto con un gigante bloque de hielo bajado del norte.

México es nación fuerte y vigorosa, capaz de grandes iniciativas. Cuando en la noche del 16 de septiembre contemplé desde los balcones del palacio nacional la inmensa multitud, no menor de sesenta mil personas, de toda clase y condición, en espera de que el Presidente de la República tocase la misma campana que hace un siglo hizo resonar Hidalgo en su curato de Dolores, y ví estallar el volcán del entusiasmo popular, me sentí subyugado ante aquel espectáculo grandioso y comprendí, con mas intensidad que nunca, que hay en México una alma nacional, cuyos bríos no han podido domeñar ni complicaciones externas ni conmociones interiores, y antes bien, sale de cada prueba con más decisión y energía.

Llevo, señores académicos, de vuestro país, una impresión gratisima que supera en mucho a cuanto había podido imaginar. Porque bien sabía que este suelo, por su hermosura y feracidad, por las riquezas que guarda en sus entrañas, merecía ser llamado «tierra de promisión»; pero temía hallar huellas profundas de la larga perturbación de once años, señales dolorosas de empobrecimiento y de ruina; agotamiento y tristeza en los ánimos; y he hallado un país fuerte, alegre y fastuoso, que ostenta por donde quiera señales de prosperidad y riqueza; y en donde por caso quizás único en el mundo, corren ríos de oro y de plata, como si aquí deslizará sus ondas un nuevo Pactolo. He hallado en México una de las grandes capitales del mundo latino, que en medio de un crecimiento inverosímil entre luchas tenaces, ha guardado su propio e inconfundible carácter, sus magníficos monumentos antiguos, como esas grandes familias que se acomodan a la vida moderna sin olvidar sus venerandas ejecutorias. Consideraba posible que este pueblo, sometido por tantos años a la dura prueba de gueñas civiles destructoras, que

endurecen las almas y engendran en ellas la desesperación y el desaliento, hubiera caído en un positivismo práctico, limitado a la consideración de la hora presente; y he comprobado con satisfacción que hay en la juventud un poderoso movimiento de idealismo; que la mujer mexicana—sufrida, heroica, inteligente y hermosa—sigue siendo la fiel guardadora de las esperanzas inmortales, y sabe transmitir a sus hijos la fe que ella alimenta en las promesas de Cristo; y que el pueblo mexicano acude al santuario nacional de Guadalupe con la misma fe viva y ardiente de los tiempos pasados, ésa que es la sal de la vida para los corazones humildes que lloran y sufren. Y he comprobado también que la discordia—azote de la civilización—no ha oscurecido vuestra cultura, que está en plena florecencia; de tal manera que los cantos de vuestros célebres poetas, tan conocidos en el mundo español, no son voces aisladas de los postreros sobrevivientes de una época muerta, sino que reponen a un inmenso movimiento intelectual, que se extiende por todos los ámbitos de la nación. Y contemplando todo esto y oyendo cantar las alondras que preludian la aurora, abrigo la firme creencia de que ha empezado para México una era de paz y de engrandecimiento, una primavera en que han de sonreírle todos los dones del arte y la naturaleza.

Sí, porque México debe vivir en paz para que continúe siendo una de las ciudadelas inexpugnables del espíritu iberoamericano, en cuyos torreones velen la lealtad, la hidalguía, la libertad, y en cuyo sitio más alto vigile el genio de la lengua castellana, para dar la voz de alerta contra todo peligro exterior, con las mismas palabras que emplearon para proclamar y sostener la independencia Hidalgo y Morelos, Bolívar y Nariño, O'Higgins y San Martín.

Señores académicos: Habéis querido enaltecer mi pequeñez y cubrir mi insuficiencia con las galas de vuestro ingenio. Os doy rendidas gracias por este homenaje, que acepto, no refiriéndolo a mi persona, sino a la Academia Colombiana, hermana de la vuestra en tendencias, aspiraciones y labores; como que una y otra han puesto su conato en mantener el brillo y la pureza del idioma y en conservar una sana tradición de corrección y de buen gusto, sin limitaciones estrechas ni exclusiones arbitrarias. Lo acepto también en nombre de Colombia, nación amiga de México y admiradora de su pueblo en la próspera y en la adversa fortuna. Esta fiesta deja en mi alma una impresión dulce y serena y su recuerdo iluminará con luz apacible el resto de mi vida literaria, porque he estado en medio de varones sabios y buenos, que me han brindado una recepción tan hospitalaria como las que prestarían las academias platónicas del renacimiento al extranjero que se presentaba sin más armas que una pluma de ave ni más títulos que su admiración devota por las letras humanas.

